





Al caer la luz

A\*



# Jay McInerney

## Al caer la luz

Traducción de Mariano Antolín Rato

Primera edición en Libros del Asteroide, 2017  
Título original: *Brightness Falls*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Copyright © Jay McInerney, 1992

© de la traducción, Mariano Antolín Rato, 1992  
© de la revisión de la traducción, Libros del Asteroide S.L.U.  
© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Ilustración de la cubierta: © Carlos Pamplona Orts  
Fotografía del autor: © Michael Lionstar

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.  
Avió Plus Ultra, 23  
08017 Barcelona  
España  
[www.librosdelasteroide.com](http://www.librosdelasteroide.com)

ISBN: 978-84-17007-21-8  
Depósito legal: B. 21.890-2017  
Impreso por Liberdúplex  
Impreso en España - Printed in Spain  
Diseño de colección: Enric Jardí  
Diseño de cubierta: Duró

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro, y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 10,5.

*A mi padre*





Todo el nuevo pensamiento es sobre la pérdida.  
En eso se parece en todo al viejo pensamiento.

ROBERT HASS, *Meditación en Lagunitas*



*La última vez que vi juntos a Russell y Corrine fue el fin de semana de la final de softball entre los adictos y los depresivos. Era un partido con muchos altibajos; los adictos en recuperación estaban deprimidos por la falta de sus medicamentos preferidos, y los depresivos, dopados hasta las cejas con exóticos proyectiles químicos cuyo objetivo era su escurridiza desesperación. Como yo me encontraba entre los sedados clínicamente, ya no recuerdo el resultado del partido, aunque sostengo que, en conjunto, formábamos un grupo tan representativo como el que pudiera esperarse de aquella coyuntura histórica. Corría el otoño de 1987. En Connecticut las hojas se estaban convirtiendo, a cámara lenta, en llamas; una noche, cuando fumábamos en el porche después de cenar, una chica de mi grupo que fingía padecer precognición declaró que veía aviones de papel estrellándose en el asfalto de Manhattan, a más de ochenta kilómetros de distancia. Claro que resultó tener razón. Pero esto fue justo antes de todo eso, antes de la gran rebaja de las grandes esperanzas.*

*Cuando llegaron al hospital aquel día del veranillo de San Martín, yo estaba sentado en la hierba de encima del aparcamiento dando chupadas a un Marlboro, imaginando cómo podría trocearlos con su robot de cocina, porque eran en parte responsables de que me hubieran metido en aquel manicomio con arcadas blancas y porque era fácil despreciarlos en tanto que prototipos: una pareja de*

*anuncio, tan claramente miembros de su generación y clase. El pelo rubio de Corrine y la corbata amarilla de Russell ondeaban como gallardetes de brillantes promesas. Si te centras en el individuo no encuentras más que ambigüedad y compasión; si quieres violencia, quédate con el prototipo.*

*Yo estaba sentado con mi amiga Delia, cuyos brazos tenían grabada una cuadrícula de heridas que se había infligido ella, un texto intrincado de odio hacia sí misma. Desbaratada por la buena vida, Delia había estado una vez en una fiesta de Russell y Corrine, y cuando estos enfilaron la entrada de tres carriles en su jeep abierto, sus mortecinos ojos de mapache parecieron brillar al reconocerlos. Se apearon desgarbadamente de su falso vehículo de guerra, con sus pantalones vaqueros descoloridos y las chaquetas azules de rigor, y la habitualmente muda Delia dijo, sin ironía:*

*— Ahí están el príncipe y la princesa en su carroza de seis caballos.*

*Sentado junto a Delia en el césped del hospital en aquel preciso momento, decidí que era una ilusión viable, hasta ese punto contrastaba su aristocrático porte cuando subían por el césped frente a las miradas sin vida y la postura encorvada y encogida de los internos que me rodeaban. En cierto sentido siempre habían sido eso, la pareja real que visitaba a amigos rotos en el manicomio, noblesse oblige. Pero el matrimonio es también una forma de asilo mental. Cuando me encerraba en mí, siempre oía la salvaje llamada del mundo del otro lado de la puerta; a veces hasta se deslizaba por debajo. Pero en aquel momento no eran conscientes de que los estaban observando mientras se acercaban lentamente y llenos de glamur por la dorada pradera hacia el hospital, centrados todavía el uno en el otro, sin haber llevado a cabo la transición desde su mundo aparte al espacio común. En aquel momento casi empecé a creer en ellos nuevamente.*

Mientras rocía con limón los filetes de lenguado, Corrine oye la voz de su marido más alta que las demás, quizá porque suena más alto o porque ella la escucha con especial atención. Ahora la voz se aproxima desde el vestíbulo, dirigiéndose de vuelta al cuarto de estar pero acercándose a ella.

—Prefiero la vieja versión. —Russell no hablaba, bramaba.

—¿La vieja versión de qué? —pregunta ella, cuando él irrumpe en la cocina, llenándola casi con su exuberante gesticulación. Era una de esas cocinas de los apartamentos neoyorquinos de preguerra que, de hecho, no estaba prevista para una utilización seria, sino más bien para preparar unos huevos Benedict a las tres de la mañana, a la vuelta del Stork Club.

—¿No compré suficiente pescado? —pregunta Russell, volviendo a llenar su copa de vino en la encimera, mientras atisba el fogón por encima del hombro con algunas pecas de Corrine, y luego subrepticamente el escote delantero de su vestido—. Bonito vestido. La chica del cumpleaños.

—Gracias. Ahora puedes quejarte de mi pelo.

Discuten con frecuencia sobre el pelo de ella antes de las fiestas; a Russell le gusta suelto, pues considera que resulta sexy; ella lo prefiere recogido arriba. Esta noche lo lleva recogido en la nuca en una dorada trenza sujeta con una cinta de terciopelo negra, y a

él le gusta, y también estar casado con una criatura tan elegante.

—Creía que habíamos acordado que te mantendrías lejos de la cocina.

—¿Qué opinas del Condrieu?

—Por favor, nada de discursos sobre el vino. Esta noche no. ¿Prometido?

—Solo si tú me prometes no meterte debajo de la mesa para satisfacer oralmente a nuestros invitados masculinos. Y no me mires de ese modo. Te conozco. Que todavía no lo hayas hecho no quiere decir que no lo pienses.

—Creo que la que ha venido con Jeff probablemente se me adelantará.

—Dios santo, eso espero.

—¿De dónde crees que la habrá sacado?

—Levantó el mantel y ¡*voilà!* Allí estaba la chica.

—Oye, ¿dónde está el colador?

—Wash se lo llevó puesto a casa después de la última fiesta.

—¿Te gustaría salir con chicas como esa? —pregunta Corrine, repentinamente seria.

—Por Dios, Corrine, no me preguntes esas cosas.

—Russell —se queja ella, apartándose de la encimera con la mitad de un limón exprimido en la mano, mirándole con ojos tristes.

—Prefiero la vieja versión —vuelve a decir él, cogiéndola en sus brazos.

Corrine se echa hacia atrás y se libera de sus manos.

—No deberías usar esa palabra con una chica que acaba de cumplir los treinta y uno. Madre mía, treinta años es una cosa...

—¿Qué palabra?

—La palabra «vieja».

—Todavía eres mi rubia explosiva.

—Solo lo que queda después de que la rubia explotara.

Russell la vuelve a agarrar.

—¿Te había dicho que te pareces a Katharine Hepburn cuando era joven?

Lo había dicho, claro. Por eso resultaba tan importante que lo vol-

viera a decir; como todos los matrimonios de cierta duración, el suyo también tenía sus conjuros rituales. Y Russell pensaba que su mujer encarnaba ciertas virtudes de la actriz; la belleza de pedernal que sugería un enérgico linaje anglosajón, las pecas que insinuaban un ramalazo celta. Él mismo tenía antepasados irlandeses, era de la cuarta generación del condado de Cork Calloway vía Boston y Detroit.

—Trataba de parecerme a Grace Kelly —dice ella.

La fórmula ha funcionado, Corrine vuelve a tener dominio de sí misma.

—¿Dónde diablos está Washington? Estoy casi a punto de servir la comida.

—Ya conoces a Wash. Probablemente esté dando de comer al perro.

—Hace cinco años también jugaba a ser mal chico, pero tenía más encanto.

—Es lo que dicen las madres de los *boy scouts* malos.

—¿Jeff está muy pasado?

—¿De qué?

—Es lo que me gustaría saber.

—Está bien.

—Creo que deberías hablar con él.

—Hablo con él todos los días.

—Me refero a hablar de verdad.

—Te refieres a que le interrogue.

—Hablar no es interrogar. Me molesta que digas esas cosas.

—Vamos a ver... Hablemos de nuestros sentimientos, chicas. —Sujetando la botella de vino como si fuera un micrófono, Russell canturrea—: Los sentimientos... dua duua, los sentimientos...

—Menuda sensibilidad la tuya, Russell.

—Es mi maldición. Lo siento todo muy profundamente —dice, agarrando la nalga izquierda de Corrine a modo ilustrativo.

Corrine y Russell Calloway llevaban cinco años casados. Se conocían desde otros ocho antes de eso, se habían hecho novios en la

universidad. Sus amigos los consideraban los perfectos pioneros del estado conyugal, como si hubieran convertido una de esas zonas de la ciudad antiguamente marginales en una zona que quienes iban a la moda estaban empezando a habitar. Durante los años que llevaban viviendo en Nueva York, su apartamento del East Side se había convertido en un club para sus amigos menos asentados, una especie de piso piloto para los que piensan que ya va tocando invertir en el matrimonio. Para los que se habían casado recientemente, era un refugio seguro en una ciudad que echaba a perder los matrimonios, y los que estaban sin pareja encontraban descanso allí de la fatigosa informalidad de su soltería.

Ni siquiera sus amigos de la universidad, de los que cada año quedaban menos, conseguían recordarlos a cada uno por su lado. Por separado puede que los dos resultaran un tanto excesivamente atractivos, pero el matrimonio neutralizó el atractivo lo suficiente como para que los hombres a los que Corrine Makepeace había intimidado en Brown, donde era algo así como una imagen erótica totémica, ahora pudieran coquetear con ella sin problemas, mientras que las mujeres confiaban en Russell, a quien arrastraban al dormitorio para celebrar reuniones de urgencia. Una muestra de la confianza entre ellos era que Corrine raramente se mostraba celosa en ese tipo de ocasiones; una muestra del calor de su pasión que, a veces, tirara objetos frágiles dominada por el enfado. Aunque parecían sofisticados, Russell y Corrine compartían una cualidad que los hacía parecer de otro mundo, alejados durante tanto tiempo del mercado libre romántico al haber resuelto esa cuestión en los primeros años de su vida. Como los escandinavos, habitaban en un higiénico estado del bienestar cuyas leyes no se aplicaban necesariamente fuera de ese reino, y a veces, cuando uno de ellos expresaba una opinión, una persona ajena quería decir: «Claro, eso puede que sea cierto para vosotros dos, pero el resto de nosotros todavía trata de encontrar un cuerpo que nos dé calor».

Si eso parecía ejemplar, su casa también aparentaba ser accesible. Aunque poseía una vista de la gran ciudad que se extendía hacia el sur desde una pequeña terraza como un ordenado mar de luces,



el apartamento solo tenía un dormitorio, con las antigüedades yuxtapuestas con restos de una residencia universitaria. Uno de los dos sofás empezaba a enseñar su relleno, y una avalancha de libros de las estanterías de obra del cuarto de estar había sido acomodada en otra barata hecha de bloques de hormigón y tablas de pino sin pintar. Fotografías de Russell y Corrine y sus amigos, enmarcadas indiscriminadamente en marcos de plata de Tiffany y de plástico barato, colgaban entre pósters de la galería Maeght y litografías firmadas. Recibían en casa con una actitud liberal y con clase que a algunos invitados les sugería una abundancia de las bendiciones de este mundo. En realidad, sus finanzas estaban permanentemente en precario. Tenían dos fuentes de ingresos, pero Russell trabajaba duro en el campo históricamente mal pagado de la edición y Corrine solo llevaba dos años como corredora de Bolsa. La devolución de su declaración de renta conjunta era modesta comparada con la de muchos de sus amigos y vecinos.

Después de casi hundirse en la bancarrota durante los años setenta, su ciudad adoptiva había experimentado una especie de fiebre del oro; haciendo prospecciones con ordenadores y teléfonos, los mineros de las finanzas habían descubierto grandes vetas de dinero bajo los riscos y cañones de la punta sur de Manhattan. De la misma manera que las fuerzas geológicas y meteorológicas conspiran para depositar diamantes en el extremo de un continente y para que se encuentre oro en el borde de otro, una diversidad de situaciones generadas por el hombre confluyeron más o menos al comienzo de la nueva década para crear una nueva clase de ricos establecida en Nueva York con una escala radicalmente nueva de bienestar. El zumbido electrónico del dinero rápido sonaba en las calles conectadas por cables, afectando a todos los habitantes, haciendo que algunos de ellos enloquecieran de codicia y ambición, que otros se empobrecieran amargamente, y provocando que la mayoría desahogada se sintiera más pobre. Avanzada la noche, Russell y Corrine a veces oían ese zumbido —entre las sirenas y las alarmas y las bocinas de los coches— y se preocupaban vagamente, aferrados a los límites de sus tarjetas de crédito.

Los observadores sociales más agudos podían distinguir en la actitud de Corrine el código secreto del pedigrí estadounidense. Pero la fortuna de los Makepeace se había dispersado cuando el agonizante abuelo de Corrine, un liberal un tanto raro, había hecho una donación a un centro científico de una universidad negra en apuros, en parte para fastidiar a su único hijo, el único padre de Corrine. El abuelo de Russell, un inmigrante irlandés, había trabajado en una fábrica de automóviles; su padre era ejecutivo de mediana categoría de la General Motors; Russell tenía el talante abierto y directo de la luchadora clase media. Él y Corrine compartían una historia de fisión de la familia nuclear, pues los padres de ella se habían divorciado después de años de convivencia violenta, y la madre de él había muerto aproximadamente al mismo tiempo, justo cuando empezaban sus relaciones; una sensación de la fragilidad del amor familiar proporcionó intensidad a su noviazgo y cemento a su matrimonio.

La cena estaba servida. Russell, que hacía de somelier, consiguió resistir las ganas de hablar del vino al tiempo que daba vueltas alrededor de la mesa y lo servía, mientras Corrine traía el primer plato: pasta. Aunque de hecho no era un esnob, Russell era un entusiasta en muchos terrenos, con tendencia a lanzarse a nuevos descubrimientos con un ardor de converso, haciendo proselitismo entre sus conocidos. Tenía poca habilidad para la reserva o el dominio de sí mismo. En cuanto ocasional pareja de tenis, por ejemplo, Corrine a veces se enfadaba mucho porque él siempre subía a la red y se negaba a asegurar el segundo servicio, que lanzaba con la misma fuerza que el primero, aunque con frecuencia cometía doble falta. Hombre grande, tropezaba con las cosas; el tipo de persona que entra en las habitaciones sin llamar: Calloway *el Patoso*. Por suerte para los ocupantes de esas habitaciones, habitualmente le precedía su voz, una especie de sirena anunciando ataque aéreo. Muchas veces a Corrine le molestaba que le dijera algo íntimo delante del dependiente de una tienda o entablara conversación

con unos desconocidos en el ascensor. En este momento, mientras frotaba suavemente un poco de vino que había derramado en el mantel, hablaba en voz bien alta de las setas que le había mandado un escritor italiano cuya novela iban a publicar.

—Es ilegal —informaba a sus seis invitados a cenar—, pero las envuelve en plástico y las manda dentro de un bolso barato de cuero para disimular el olor.

—Antes decíamos esas cosas de las drogas —comentó Corrine, para eliminar la vaharada de epicúrea satisfacción.

—Todavía lo decimos —dijo Jeff, a su derecha, haciendo gala de una de sus sonrisas voluntariamente pícaras. Con la complexión de un cuchillo de trinchar, vestía sus habituales vaqueros rotos y una camisa descolorida de cuello abierto de Brooks Brothers, por fuera de los pantalones, sobre la que llevaba su chaqueta con muchos automáticos.

Jeff había publicado un libro de éxito dos años antes, una colección de relatos sobre un grupo de excéntricos de Nueva Inglaterra que, no era de sorprender, se parecía bastante al suyo. Todos le escuchaban con algo más de interés últimamente, lo mismo que él escuchaba con algo menos de atención a los demás.

—Cuando era pequeña odiaba muchísimo las setas —dijo con voz aguda Dawn, la chica de diecinueve años que salía con Jeff y que parecía una modelo con pechos y, de hecho, era una modelo con pechos—. Cuando queríamos pensar en algo malo de verdad, como un castigo o algo así, decíamos: «Tienes que comerte un plato de setas».

La segunda ley de la dinámica social, pensó Corrine: Las solteras se vuelven más jóvenes cada año. Pero ¿cuál era la primera?

—Y ahora te mandaremos a la cama sin cenar —dijo Jeff. Y luego a Corrine, con el aire de alguien que quiere desviar la atención—: ¿Cómo anda el señor Jones? —Con lo que se refería, sabía Corrine, al índice Dow Jones, y al mercado de valores en general, aunque se le ocurrió que en una época anterior podría haber sido una referencia a la canción de Dylan.

—La última vez que estuviste aquí —dijo Corrine, tomando un

sorbo de vino—, una persona te preguntó en qué trabajabas. Y tú dijiste: «Nunca le preguntes a un escritor en qué está trabajando. Es lo mismo que preguntarle a alguien con cáncer sobre los avances de su enfermedad».

Corrine decidió que se sentía molesta con él por traer a esa cría a cenar y, después de haberla traído, menospreciarla.

—¿Dije eso? Debía de estar borracho. Espero que me clavaras inmediatamente un cuchillo para carne en el hígado, o un cuchillo para el hígado en la carne.

—Debería haberlo hecho. En lugar de eso, insisto en que debes atenerte a las normas. Norma número uno: nada de temas aburridos. En la mesa de mi casa están prohibidos.

Zac Solomon preguntó:

—¿Hay alguna norma más? No conozco bien las reglas de etiqueta del Este. En California ni siquiera solemos llevar ropa.

—Se nota —dijo Jeff—. Es indudable que todavía no te has acostumbrado a llevarla.

—Si no fueras mi escritor, muchacho, me vería obligado a considerar esa observación como una ofensa.

—Los productores de Hollywood tienen prohibido sentirse ofendidos —dijo Jeff—. Se supone que son ellos los que ofenden.

—Solo para demostrarte lo poco que me valoro personalmente —dijo Zac—, te voy a contar un chiste nuevo. Un productor va muy deprisa en coche, bulevar Santa Mónica abajo, mientras habla por teléfono. Entonces tiene un accidente, el coche derrapa, lo lanza despedido y, en el proceso, se corta el brazo, que sale volando.

—¿Lo del bulevar Santa Mónica es un detalle importante? —preguntó Jeff, sirviéndose más vino.

—... Total, que se detiene otro coche, el conductor se baja y va corriendo hacia el productor, que está tendido en la calzada, y pregunta: «¿Se encuentra bien, amigo?». Y el productor se queda mirando su coche destrozado y se lamenta: «¡Mi Porsche, mi Porsche, mi Porsche!». Entonces el otro tipo mira lo que le queda de brazo, luego señala la otra mitad que está en el suelo y dice: «¿Y su

brazo?». Y el productor, mirando el suelo, dice: «Ay, Dios mío..., ¡mi Rolex, mi Rolex, mi Rolex!».

—Nos gusta que la gente no se valore mucho —anunció Corrine, que había conocido a Solomon esa noche.

Guapo, un tanto grueso, debido a una gordura infantil de la que no se había librado o a una prematura panza fruto de las comidas de negocios. Tenía menos de treinta años, según Russell, y ya había ganado millones. Respondía tan bien al estereotipo, irónicamente, que casi le parecía agradable. Aunque no era el hombre con el que uno necesariamente querría casar a su hija. Lo habían invitado por trabajo, o algo así, según Russell; de todos modos, era divertido. Esto último era lo único que valoraba Corrine, quien tenía la anticuada idea de que los negocios debían llevarse a cabo en los despachos.

—¿Significa eso que me puedo quedar? —preguntó Zac.

—Solo si pronuncias bien su nombre —dijo Jeff—. Rima con Maureen.

—Y solo si haces caso a las mujeres que han venido sin pareja —añadió Nancy Tanner, animando sus largos rizos rubios con una sacudida de cabeza muy característica. Russell sugirió en cierta ocasión que el gesto trataba de imitar los efectos de un ventilador. Nancy era el cable suelto de su círculo de amistades, una mujer soltera.

—La última vez que oí ese chiste —dijo Jeff—, era sobre agentes. El problema es que también podría ser sobre la mayoría de nuestros amigos.

Colin Becker, que no era miembro de una profesión en la que intervinieran agentes, hablaba de arquitectura con la chica que había venido con Jeff, mientras Russell, muy considerado, entretenía a Anne, que trabajaba en un bufete de abogados y felizmente nunca hablaba de ello. Corrine se acordó de pronto de que todavía no le había hecho el regalo de boda a los Becker.

Washington Lee apareció de repente diciendo, como inevitablemente hacía:

—A ver si adivináis quién viene a cenar esta noche.

Sus ojos parecían canicas enloquecidas, muy brillantes. Corrine tuvo la impresión de que iba a ser el último en irse.

—Lo siento —añadió Washington—. Me he encontrado con un tiroteo en Broadway. Unos atracadores de bancos que trataban de huir por los tejados han abierto fuego con sus automáticas sobre los polis atrapados en el tráfico parado.

Bien porque fueran indulgentes con las hipérboles de Washington o porque estuvieran acostumbrados a la violencia de la ciudad, ninguno puso en duda lo que contaba ni pidió más detalles.

Haciendo gala de una especie de regresión masculina, Jeff y Russell soltaron un silbido al ver a su amigo, y hubo un intercambio de palmadas en la espalda.

—Sois los Righteous Brothers —declaró Washington.

—Ahora que has llegado —dijo Jeff—, somos los Temptations.

—Resistimos cualquier cosa menos las tentaciones precisamente —respondió Washington.

Corrine sentó a Washington entre la novia de Jeff y Casey Reyes, su compañera de cuarto de la universidad, cuyo marido estaba fuera de la ciudad. Washington inmediatamente abrió los brazos para rodearles los hombros, ante el evidente desagrado de Casey, que reforzó su *hauteur* de chica guapa y rica.

—¿Qué rumores corren?

—Nunca hablamos de política, no sé por qué —dijo Nancy, sacudiéndose la melena y alargando la mano sobre la mesa para ponerla en el brazo de Washington—. Apuesto lo que sea a que tienes alguna opinión interesante —añadió con un tono de voz normalmente reservado a las proposiciones sexuales.

Corrine se preguntó de pronto si habrían compartido cama.

—Caramba, señorita, yo solo me ocupo de mis asuntos y dejo la política a los blancos.

—No le des cuerda a Russell —dijo rápidamente Corrine, sabiendo cuánto le gustaba a Washington explotar esos momentos—. Estaremos levantados toda la noche. Lo que más le fastidia a Russell es que básicamente se perdió los años sesenta. Está tratando de compensarlo desde entonces.

—No me perdí los sesenta —contraatacó Russell—. Los vi por televisión.

—Russell está a favor de Gary Hart —se burló Washington.

—Después del pescado, solo me faltaba Hart —dijo Jeff, suspirando y apartando su plato—. Otros temas de conversación, por favor.

—¿Quién más le apoya?

—Gary Hart y sus nuevas ideas —dijo Washington—. ¿Qué nuevas ideas? Decidle que lea el Eclesiastés.

Al cabo de poco discutían sobre Nicaragua. Como estaba encargado de la edición de un libro sobre la guerra encubierta contra los sandinistas, Russell daba hechos y fechas. Zac era republicano y recurrió a epigramas y a una xenofobia despreocupada. El parnasiano Jeff despreciaba la política. Washington, que probablemente sabía más cosas que ninguno de los demás, prefirió hacerse el tonto, dejando estratégicamente que los otros se traicionaran con su vehemencia. La novia de Jeff parecía cada vez más asombrada —y no se trataba de una estrategia—, casi asustada por aquella incursión en terreno desconocido. No era culpa suya que estuviera harta, se dio cuenta Corrine. Sus pechos y sus labios gruesos y mohínos tampoco eran culpa suya. Por lo menos, ella no creía que lo fueran. La propia Corrine era suficientemente guapa para saber que eso era como heredar un montón de dinero en la pubertad sin un tutor a mano, como ponerse al volante de un Ferrari en la primera clase de conducción. En ciertas generaciones, a los chicos los mandaban a la selva o a las trincheras con tan solo un fusil, y ese era el único modo con el que podrían llegar a tener una puñetera idea de lo que suponía ser una chica guapa y pechugona. Con un poco de suerte, una no llegaba a Nueva York o a Los Ángeles hasta después de cometer los errores básicos.

Claro que ella no había tenido nunca unos pechos como aquellos. Madre mía, Jeff... ¿Eran de verdad? Con los tiempos que corrían, costaba saberlo. Le recordaban a una chica del instituto que fue elegida «mejor pareja» del anuario. Sin detenerse a pensarlo, Corrine soltó en voz alta:

—Me contaron que si te has puesto silicona y te subes al Concorde, te pueden explotar los pechos.

¿Fue imaginación suya o la chica que había venido con Jeff pareció preocupada?

—Tetas de fiesta —dijo Washington.

Russell puso *Avalon*, de Roxy Music, en el estéreo y miró por encima del hombro para ver si Corrine se había fijado. Ella le tiró un beso.

—La banda sonora de nuestro primer año de felicidad conyugal —explicó.

La chica que estaba con Jeff se volvió hacia Washington.

—¿Estás casado?

Washington la miró como si estuviera loca; Jeff se atragantó y derramó un poco de vino en el mantel.

—Para mí todavía no se ha inventado el tipo ideal de matrimonio —dijo tranquilamente Washington—. Verás, no entiendo por qué solo tiene que haber una clase posible de matrimonio. Cuando uno necesita un sitio donde vivir puede hacerlo en una casa de piedra, o en un estudio, o en unas cuantas habitaciones de un rascacielos resplandeciente con gimnasio, dependiendo de cómo quieras vivir, pero cuando llega la hora de casarse solo hay una variedad básica. Se supone que uno debe vivir con el otro monógamamente. ¿Entendéis lo que digo? ¿Un único modelo para todos? Para nada. ¿Por qué no existen diferentes tipos de matrimonio? Según los colores... el matrimonio color rojo, digamos, en el que se pasan cuatro noches juntos y ambos se dedican a ligar las otras noches, o el matrimonio verde, en el que se tienen hijos juntos y luego se endosan a parientes impotentes y...

—¿De qué color lo prefieres tú? —preguntó Casey, cuyo matrimonio se basaba, como antiguamente la moneda, en el patrón oro. Era medio inglesa y medio Du Pont, y su marido, un gestor de capital riesgo de su mismo y restringido círculo social en Wilmington, Delaware. Russell pensaba que eran esnobs, y se refería a la señora Reynes como a «Su Majestad»; y la lealtad de Corrine tenía más que ver con recuerdos de la adolescencia que con su actual compatibilidad.

—Por favor, no nos lo digas, Washington —pidió Corrine—. Acabamos de comer.



—Los matrimonios necesitan cierta libertad. Muchas ausencias que cimienten el cariño —opinó Casey, cuyo marido viajaba constantemente por trabajo.

Nancy dijo:

—Todos los hombres necesitan cuatro cosas. Comida, techo, coño... y un coño ajeno.

—Yo no doy fe de las dos primeras —confesó Washington.

Los demás hombres de la mesa parecieron avergonzados, intuyó Corrine, como si los acabaran de pillar haciendo algo malo.

Dominada por un súbito pánico, miró a Russell, que estaba al otro lado de la mesa. Parecía nervioso y se encogió de hombros tímidamente.

Jeff ayudó a quitar la mesa. En la cocina, Corrine le dijo:

—No creo que esa chica sea tu tipo.

—¿Se trata de un eufemismo?

—De diplomacia, Jeff.

Él la abrazó. Eran viejos amigos y de mundos similares. Jeff, el último vástago de una vieja familia yanqui cuyo capital, como el terreno de su nativo Massachusetts, se había agotado en su mayor parte. Había cierto aire de tensión no resuelta entre ellos. Ella siempre lo consideró atractivo, con su uno noventa y sus huesos delicados, ligeramente encorvado como las personas altas y sensibles que prefieren no destacar.

—Lo que quieres decir —sugirió Jeff—, es que lamentas informarme de que es exactamente mi tipo y soy por tanto un cabronazo.

Corrine lo miró a los ojos, como si pudiera leer el estado de su alma en ellos. La clase de ojos que podrían pertenecer a un campesino de Oriente Medio, alguien con quien uno se tropieza a orillas del Tigris o del Éufrates, los ojos oscuros de un alma antigua. Russell tenía unos grandes ojos azules infantiles y había nacido anteayer.

Esquivando su mirada, Jeff dijo:

—El problema con las chicas que son mi tipo es que no las encuentro atractivas.

Corrine se rio.

—¿Cómo? —De pronto se daba cuenta de que estaba un poco borracha. Y le gustaba—. Yo creía que las encontrabas atractivas a todas.

—O las encuentro atractivas pero están casadas.

—A veces resultan atractivas porque están casadas.

Corrine se dijo que era una respuesta adecuada, sensata. Desviaba los problemas, como debía hacer una buena esposa y anfitriona. ¿Dónde había leído eso?

—¿Trabajas? —preguntó—. No quiero saber en qué, solo si trabajas.

—Escribo un guion para Zac, pero a eso casi no se le puede llamar trabajar.

—Entonces, ¿por qué lo haces?

—Eres corredora de Bolsa, Corrine. ¿Por qué tengo que ser tan íntegro?

Corrine se apartó, notándose aturdida durante un momento y casi perdiendo el equilibrio cuando él la soltó. Se acercó al fregadero y abrió el grifo. Era cierto, ella vendía valores, acciones, plazos fijos. Pero en el fondo de su corazón era una persona completamente distinta. Una enamorada y una aprendiz de la vida. Dios santo, no podía creer que ya tuviera treinta y un años. ¿Qué había pasado en los últimos diez?

Mientras llenaba la cafetera de agua, notó que Jeff seguía quieto detrás de ella.

—Algunos de nosotros hemos tenido que volvernos normales para que tú pudieras tener lectores. —Se volvió—. Arrogante de mierda —añadió, y le echó el agua de la cafetera encima; luego, sin saber por qué, tuvo tal ataque de risa que acabó en el suelo.

—Mira, precisamente iba a pedirte un poco de agua —bromeó él, con el pelo ralo y los largos faldones de la camisa, que llevaba por fuera, chorreando.

Ella se rio con más ganas. Finalmente empezó a toser. Después hizo una pausa para decir:

—Por una vez creo que te hubiera convenido quedarte en blanco.

—Me pasa todo el tiempo —dijo él—. Cada vez que me siento delante de mi procesador de textos. —Mientras se secaba con un manojo de servilletas de papel, añadió—: A propósito, no te he deseado feliz cumpleaños.

—Maldita sea, es un secreto.

—Treinta y uno, *n'est-ce pas?*

—Si se lo dices a alguien te mato.

—¿Qué te ha regalado Russell?

—Unos lengüetazos —respondió ella, soltando una ruidosa carcajada ante su ocurrencia. «Debo de estar borracha, desde luego», pensó.

—Ya era hora —contestó Jeff.

—Lo creas o no —dijo ella, poniéndose en pie para alisarse el vestido con exagerados movimientos de la mano—, hay otros hombres capaces de hacer felices a las mujeres. Algunos lo hacen tan bien que nos quitan la respiración.

—Eso es más o menos lo que dijo Caitlin antes de largarse —dijo él.

Dave Whitlock, un colega de Russell, apareció con una brasileña rubia que se llamaba Elsa y trabajaba de *scout* para Mondadori. Al menos Corrine creyó oírle decir eso, aunque resultaba raro que una mujer cuya lengua materna era el portugués se dedicara a localizar libros interesantes en inglés para un editor italiano. Llegaron más personas a las que habían invitado para después de la cena. La reunión se dividió en partes más pequeñas, un mosaico de fragmentos brillantes y de formas extrañas unidas por el alcohol. O eso le pareció a Corrine al día siguiente. Una fiesta es como un matrimonio, decidió: crece mientras en apariencia sigue un precedente y circula por raíles de acero hacia territorios salvajes mientras las esperanzas tiemblan y se balancean sobre los reposabrazos de los asientos como delicadas copas de cristal.

Con el interfono en la oreja, Russell preguntó:

—¿Conoces a alguien que se llama Ace? El conserje dice que según él le conoces.

—Está bien, que lo deje subir —dijo Corrine, ruborizándose.

Ace era un tipo sin techo al que conocía del comedor social donde trabajaba de voluntaria; aquella tarde, cuando compraba alimentos para la fiesta en Food Emporium, se lo había encontrado rescatando latas y botellas de un contenedor de basura; el ayudante del encargado pareció molesto cuando ella lo ayudó a meterlas en una caja de cartón; Ace explicó su presencia en el barrio diciendo que le gustaba ampliar el ámbito de sus negocios.

—¿Vas a dar una fiesta? —preguntó Ace al ver lo que había comprado.

Dominada por un súbito sentimiento de culpa, Corrine le preguntó si quería ganar algo de dinero ayudando a recoger. Y ahí estaba ahora. Estaba encantada consigo misma y con Ace por haberse atendido a su palabra, pero Russell se burlaba de lo que según él era su complejo de madre Teresa. En este caso no hizo ningún comentario especial sobre la llegada de Ace ni pareció fijarse mucho en él, pese a que el vagabundo se hacía notar: un negro cubierto de mugre con una gorra de los Mets y zapatillas deportivas sin cordones, que iba preguntando a los invitados si habían terminado con sus botellas de cerveza. Corrine vio cómo se bebía lo que quedaba en una que le había dado Jeff.

—Lo normal solía ser —explicaba Russell— que uno leyera un relato bueno en algún sitio, hiciera acudir al autor a su cuchitril y le ofreciera un par de miles por un libro de relatos y una novela, y que el escritor te dedicara sus libros, te ofreciera a su amante, al estilo esquimal, y te prometiera su primer hijo. Ahora hay que hacer una transferencia con un anticipo millonario a una cuenta numerada de un banco suizo para conseguir echarle una primera ojeada a la tesis de un estudiante de escritura creativa. Y tienes a su agente constantemente encima.

—Lo normal solía ser —añadió Jeff— que los únicos que publicaban fueran los zumbados y los cretinos. Los hijos segundones y los licenciados en Sarah Lawrence. Lamento decirte que la cosa sigue igual.

Cada uno con un vaso en la mano, se abrazaron como un par

de osos. Corrine observó cómo los dos amigos se dirigían hacia el sur por la alfombra, un movimiento migratorio que por fin interrumpió el aparador. Russell chocó de culo contra él, haciendo que se balancease un jarrón oriental azul y blanco, que no cayó en la alfombra por muy poco y se hizo añicos contra el parquet.

El rostro de Russell traicionó su conocimiento de la dinastía de dicho objeto y su larga relación con la familia de Corrine; era un regalo de bodas. Pero Corrine entró corriendo y dijo que no pasaba nada, que traería el recogedor; les advirtió que tuvieran cuidado con los trozos.

—Calloway *el Patoso* —dijo Jeff, usando el apodo que le habían puesto a Russell casi desde que pudo andar, tropezar o derribar cosas.

En el momento de la noche en que los invitados se convierten en pinchadiscos y rebuscan entre vinilos y cintas, el estéreo se convierte en una máquina del tiempo que solo va hacia atrás. *After the Gold Rush*, de Neil Young, atronaba por los altavoces. Washington bailaba con la chica que había venido con Jeff, y Ace se mecía sobre los pies como un marinero en plena marejada, con la mano en el esquivo hombro de Zac Solomon mientras le hablaba de sus planes para grabar una maqueta de rap.

Casey Reynes, que ya se marchaba, llevó aparte a Corrine y le anunció que estaba embarazada.

—Es un secreto. Tom no quiere que se lo diga a nadie aún.

Corrine la abrazó.

—Me alegro mucho por ti —dijo, aunque su alegría se había teñido inesperadamente de envidia.

Elsa, la brasileña con contactos italianos, tiró de la manga de Corrine. ¿Había visto a David Whitlock, con quien había venido?

—No puede andar lejos —exclamó Russell—. Solo hay tres habitaciones.

—Te llamaré mañana —le dijo Corrine a Casey.

La acompañante de Jeff también había desaparecido, según la insistente Elsa.

—Probablemente le esté dando de comer al perro —sugirió Russell.

—¿Qué perro? —preguntó Elsa.

—Mira en el cuarto de baño —le propuso Jeff—. Hasta hace poco, el cuarto de baño siempre era el centro de cualquier fiesta que se preciase, lo mismo que la cocina lo fue de las culturas antiguas.

Elsa no tardó en estar aporreando la puerta del cuarto de baño, cerrada por dentro. Cuando estrelló su vaso contra ella, Russell se acercó tambaleante para calmarla.

—La escoba y el recogedor están en el armario —le dijo Corrine a Russell, pensando en Casey, que tenía su misma edad.

Unos minutos después, Jeff se quedó traspuesto en el sofá. Qué curioso, pensó Corrine. Normalmente los tumbaba a todos y los hacía acabar bajo la mesa. Luego soltó una risita, recordando lo que había dicho Russell de debajo de la mesa. Estaba recostada en el brazo de una butaca, reuniendo fuerzas, cuando llamó el conserje. Descolgó el teléfono interno con gesto cansino.

—Un negro trata de marcharse con un aparato de vídeo. Dice que lo va a reparar. ¿Quiere que llame a la policía?

—Debe de ser Ace —contestó Corrine—. Dígale que se lo deje a usted, Roger. Dígale que hemos cambiado de idea con respecto a la reparación. —Entonces se dio cuenta de que no le había pagado y le pidió al conserje que le diera veinte dólares y no le mencionara el asunto a Russell.

La chica que había venido con Jeff, como fuera que se llamara, salió del cuarto de baño con los pechos por delante y con aire un tanto avergonzado, y un instante después Washington hizo lo mismo. Vaya, vaya. Culpables de algo. Elsa, que había estado mirando a Russell mientras este recogía el vaso roto, preguntó:

—¿Dónde está David? —y luego se puso a aporrear la puerta del dormitorio, que de algún modo había acabado cerrada por dentro.

Finalmente, Nancy Tanner salió de la habitación. Elsa empezó a gritarle a Whitlock. La cosa tenía pinta de una trifulca de las buenas. *London Calling* a todo volumen hizo que Corrine pensara brevemente en el mercado de valores; también, fugazmente, en los

vecinos. Pero no, ahora no quería pensar en la Bolsa, muchísimas gracias, y los vecinos ya protestarían si los molestaban. ¿Cómo podían gustarle los Clash, una banda punk y radical, y vender acciones al mismo tiempo? En eso consistía el enigma de ser Corrine Calloway a los treinta y un años.

Russell se le acercó y le rodeó la cintura con el brazo.

—Otra fiesta que ha salido muy bien —dijo.

—¿Dónde está el espermicida? —preguntó Russell, rebuscando en el cajón de la mesilla de noche.

—A la mierda con el espermicida —dijo Corrine, empujándole para que quedara boca arriba—. ¿No te parece una idea sexy hacerlo sin protección? ¿No encuentras increíblemente sexy dejarme embarazada?

Russell dejó de moverse.

—No.

—¿De verdad que no?

—Sí, de verdad. ¿Estás chiflada?

—¿Chiflada? —Corrine se puso de rodillas y bajó la vista para mirarle—. ¿Chiflada? ¿Qué quieres decir con eso?

—Que estás loca. Que no estás en tus cabales. En tu sano juicio.

—¿Cómo te atreves? —dijo ella, y le dio un golpe en la cabeza con el puño medio cerrado, haciéndose daño en los nudillos. A continuación se puso de pie, agarró la colcha de la cama y volvió con ella a la sala de estar.

—Corrine, estoy demasiado cansado para discutir —exclamó él.

—Muy bien —oyó que respondía ella.

Tuvo la intención de salir y traerla a la cama, pero se despertó unas horas más tarde, con la boca pastosa y un tremendo dolor de cabeza, sintiéndose más o menos como un puercoespín boca arriba. Cuando se volvió hacia Corrine, descubrió que no estaba. Le llevó varios minutos recordar que era fin de semana y figurarse dónde estaría su mujer. Salió hacia la sala de estar sin conseguir recordar por qué habían discutido, pero allí se la encontró, en el sofá, entre los restos de

su fiesta de cumpleaños secreto, cuadros torcidos y soldados muertos con las botas puestas. Corrine estaba hecha un ovillo, envuelta en la colcha. Russell no veía a su mujer en reposo demasiadas veces. Normalmente todavía hablaba cuando él se quedaba dormido y pasaba despierta unas horas de las que él prefería no saber nada.

La cogió en brazos y la llevó a la cama.

—¿Dónde estabas? —murmuró Corrine cuando Russell avanzaba a trompicones por el pasillo—. Yo estaba perdida entre mucha gente, en una gran fiesta, y te llamaba y tú no venías. Parecía real. Empezaba esa fiesta maravillosa, con todos nuestros amigos y otras personas interesantes, y luego me quedaba sin nuestros amigos y no te encontraba y la fiesta se volvía espantosa y triste.

—Pero aquí estoy —dijo Russell, depositándola en la cama, donde volvió a quedarse dormida inmediatamente.